

Entre algoritmos y conciencia

Alejandra Chong Lagarde



Consciente de la manera en que la inteligencia artificial altera nuestras percepciones, pero también de que la IA ya se instaló en nuestras vidas, Alejandra Chong Lagarde nos invita a entender sus múltiples usos y, a partir de ello, a mantener una especie de ascética que nos impida ser devorados por sus seducciones.

La tecnología no sólo cambia lo que hacemos, cambia quiénes somos.

Sherry Turkle

La promesa que se volvió presencia

Recuerdo cuando vi por primera vez a la inteligencia artificial (IA) anticipar mis palabras. No me sorprendió tanto lo que hizo, sino lo que sentí: una combinación de asombro, curiosidad y una pregunta que todavía me acompaña, ¿hasta qué punto sigue siendo mía una idea cuando alguien o algo la termina por mí?

No hubo un momento exacto en el que la inteligencia artificial entrara en mi vida; simplemente se fue colando en mi rutina. Primero, por supuesto, en mi trabajo; luego, en mis conversaciones y, después, sin darme cuenta, en mis pensamientos. Lo que antes sólo era una novela de ciencia ficción, hoy escribe, traduce, conversa y hasta parece intuir. Está en mi bandeja de entrada, en las reuniones, en mi Whatsapp y en mi cabeza. Fue tan rápido que, al ser invisible, me cuesta recordar cuándo empezó a acompañarme.

En teoría, la IA es la capacidad de las máquinas para aprender y tomar decisiones inspiradas en la inteligencia humana. Lo que me interesa no es lo que sabe hacer sino lo que provoca en nosotros: una transformación en nuestra forma de pensar, de crear y de liderar.

Desde dentro de la industria tecnológica, he visto cómo la IA pasó de ser un proyecto aislado y brillante a convertirse en un espejo incómodo. No es un reemplazo, sino un reflejo. Un espejo que amplifica nuestra claridad, pero también nuestras sombras.

De los laboratorios al día a día

En 1950, Alan Turing se preguntó si una máquina podía pensar. Esa pregunta filosófica se nos presenta como una posibilidad que hoy vive en “la nube”, ya sea en un copiloto que apoya y orienta al conductor, o en una aplicación que adivina lo que voy a decir. Durante años la IA vivió en silencio y en la oscuridad: buscadores, filtros y motores de recomendaciones. Pero algo cambió cuando comenzó a tener voz y conversar.

De repente, ya no fue una herramienta escondida que procesaba datos, sino una especie de compañero digital que participa, sugiere y opina. Fue ahí cuando algo se transformó en nosotros, porque no es lo mismo usar tecnología que conversar con ella.

En mi trabajo, la IA pasó de ser una promesa innovadora a una parte de mi día y, durante ese proceso, me he cuestionado qué significa ser humano. Ya no basta con saber; ahora hay que interpretar, conectar e imaginar. La IA no vino a cambiar el juicio humano, sino a ponernos a prueba, vino a recordarnos que evolucionar también implica aprender a discernir.

El futuro como un copiloto

Me acostumbré a pensar en la IA como un copiloto. No toma el volante ni conduce por mí, pero me guía en el camino. No pretende hacer nada por mí, pero amplía lo que puedo ver. Ayuda a decidir mejor, a detectar patrones y a liberar tiempo para pensar y, como me gusta decirlo, a ser frugal.

A veces siento que la IA no es la única que está aprendiendo de nosotros, sino también nosotros de ella al intentar seguirle el paso. No es sólo adaptarse al cambio, sino aprender a convivir con una inteligencia que se adapta a nosotros constantemente.

El verdadero reto será no delegar la conciencia y recordar que, aunque el copiloto pueda sugerir el camino, solamente nosotros sabemos a dónde queremos llegar. El liderazgo real no consiste en tener todas las respuestas, sino en hacer las preguntas correctas. Escuchar lo que las máquinas no pueden oír: el contexto, la emoción, la intuición. Esa es la nueva frontera de la empatía digital: saber cuándo usarla y cuándo guardar silencio.

Los dilemas que nos preocupan

Cuando hablamos de ética en inteligencia artificial, pensamos en temas como los sesgos, la privacidad y el reemplazo de empleos. Pero los dilemas que, en lo personal, me agobian son otros, más pequeños, que no vemos porque están en el día a día y eso los vuelve más peligrosos. Me explico a continuación.

La velocidad del cambio

Vivimos en una era que se acelera a un ritmo a veces incomprensible. La Ley de Moore afirmaba que la capacidad de los procesadores se duplicaría cada dos años, lo cual fue cierto durante mucho tiempo. Pero esa curva debe aplicarse a nosotros. La tecnología avanza a un ritmo que cuesta entender y que no es posible desacelerar. Somos nosotros quienes necesitamos aprender a ser más conscientes ante su velocidad. El desafío, por lo tanto, no es técnico sino emocional. La velocidad, al mismo tiempo que nos exige aprender más rápido, también nos invita a pausar. Pensar despacio es un acto de rebeldía en esta época en la que se premia la inmediatez. Mantenerse humano implica aceptar la vulnerabilidad de no saberlo todo y aprender a aprender de nuevo, una y otra vez.

La tentación de la dependencia

Cada vez es más fácil que el algoritmo piense por nosotros, que nos diga qué escribir, qué leer, qué preguntar y qué decidir. Cuanto más acierta, más adictivo y tentador se vuelve. La comodidad se está convirtiendo en un enemigo silencioso del pensamiento crítico. Todo esto lo digo en carne propia: soy profundamente dependiente de la tecnología y del mismo “Chato”, como llamo al algoritmo. Me acompaña cada día, facilita mi trabajo, inspira ideas. Por lo mismo he tenido que aprender a discernir entre lo que la IA genera y lo que realmente nace de mí.

Usar la inteligencia artificial no debería significar perder nuestra voz, sino pulir lo que nos ofrece hasta hacerlo propio. Tomar aquello que la máquina propone y dotarlo de intención, de contexto y de alma. Si no lo hacemos, terminaremos repitiendo sin crear y automatizando lo que era sólo intuición.

También he entendido que todo depende de cómo preguntamos. La inteligencia artificial responde con la profundidad con la que se le guía. No se trata exclusivamente de usarla como un buscador más, sino de conversar con ella con intención, claridad y pensamiento crítico. A veces, damos por sentado el lenguaje que usamos. A eso le llamamos *prompt*: la instrucción, el punto de partida, la pregunta que detona una

respuesta. Como base, la calidad de lo que obtenemos depende de la calidad de lo que pedimos. Y ahí está otra forma de conciencia: aprender a pensar mejor para preguntar mejor.

La privacidad invisible

No me refiero a contraseñas ni a datos personales. Hablo de algo sutil y que pasamos por alto: la huella “invisible” que dejamos cada vez que interactuamos con una máquina, un sistema o una red social. Nuestros hábitos, tonos, pausas, incluso nuestras dudas. Toda interacción enseña algo, queda registrada. Cada palabra escrita, cada clic y cada corrección entrenan a la IA para entendernos mejor. Eso tiene una belleza enorme, pero también implica una gran responsabilidad. Sin darnos cuenta, la tecnología aprende de nosotros todo el tiempo, incluso cuando no la estamos mirando.

El dilema no es la privacidad como defensa, sino la conciencia como elección. Entender que lo que compartimos y lo que no pensamos compartir forman parte del aprendizaje colectivo de este tipo de herramientas. La ética no tiene que ver solamente con lo que protegemos para que no caiga en manos equivocadas, como nuestros datos, sino con la obligación de comprender la información que entregamos, lo que con ella estamos cediendo.

La soberanía cognitiva

Me viene a la mente este dilema, mucho más profundo: ¿hasta qué punto seguimos siendo dueños de nuestra forma de pensar?

Cada vez más, la IA nos despoja de la toma de decisiones que debemos asumir con nuestro propio criterio. El problema, sin embargo, no está en ella, sino en nosotros que nos acostumbramos a aceptar sus respuestas como las más eficientes. No se trata de resistirnos a la tecnología, sino de mantener nuestra autonomía mental. Preservar la capacidad de pensar, decidir y discernir sin intermediarios. La soberanía cognitiva no tiene que ver con el control, sino con la identidad. Es reconocer cuando una idea viene de nosotros o del sistema que consultamos. Si no se hace, corremos el riesgo de perder lo que nos es propio, lo que nos pertenece como sujetos.

Pensemos cada vez que le preguntamos si la respuesta y la decisión siguen siendo únicamente nuestras.

La autenticidad

Si la IA puede generar ideas, textos, imágenes o estrategias, ¿qué queda de lo que hacemos? La respuesta está en la intención y en el propósito que le damos a cada interacción. La autenticidad no se mide por la cantidad de contenido que producimos, sino por el impacto que generamos en lo que creamos y en lo que hacemos. Si la IA aprende de nosotros y nuestros datos están llenos de prejuicios, inseguridad y ruido, eso es precisamente lo que reflejará. No es la máquina la que hereda sesgos, somos nosotros quienes se los transferimos.

El dilema ético no está en si la IA será buena o mala, sino en si nosotros seremos lo suficientemente conscientes como para emplearla mejor. La tecnología no tiene moral, sino que refleja la nuestra. La ética ante la IA no debe verse como una regulación externa, sino como un verdadero ejercicio de honestidad: ¿para qué quiero usar esto? ¿A quién beneficia? ¿Qué estoy entrenando con mis decisiones diarias?

Trabajar en tecnología me ha enseñado que el verdadero poder no está en la innovación, sino en la responsabilidad que la acompaña. Liderar con conciencia es usar la IA no sólo para hacer más, sino también para ser frugales, decidir mejor y no perder el sentido humano.

Humanos, todavía

La inteligencia artificial está aprendiendo de nosotros, sí. Pero en ese aprendizaje está enseñándonos a vernos distintos. Nos recuerda que la inteligencia no es sólo cálculo ni predicción, sino también empatía, juicio e intuición.

Quizás el verdadero avance no esté en construir máquinas más humanas, sino en aprender a ser humanos de manera más consciente. La tecnología no reemplaza la voz humana, sino que amplifica la visión de la mente que la emite.